

cados les fue preciso defenderse y volver al buque sin resultados satisfactorios, porque no podíamos considerar como suficiente represalia la muerte de tres ó cuatro salvajes que habian sucumbido en aquella escaramuza.

Dirigímonos á otra poblacion construida en la costa del lado opuesto, y á 1 ó 2 millas del buque. Numerosos indigenos nos acogieron con marcadas muestras de enemistad, pero sin hacer contra nosotros ningun acto de violencia. Nada pudo conseguirse de ellos. En vista de esto, y persuadido de que toda nueva gestion pacífica seria igualmente infructuosa, nuestro capitán pensó ya únicamente en tomar represalias. Los botes, bien armados volvieron al punto de que se acaba de hablar, y donde se habia reunido un número mayor de indigenas. Esta vez fuimos acometidos á pedradas, las que hubieran podido causarnos heridas graves, pues las piedras eran de basalto, mu y duras por consiguiente y angulares; pero como el enemigo las arrojaba á mano y sin el intermedio de la honda, desconocida entre los isleños de Rossell, su velocidad era escasa, se las veia llegar fácilmente, y se evitaban sus golpes por medio de algunos movimientos propios del caso. Solo dos de nuestros hombres recibieron ligeras contusiones. Un marinero colocado en la proa del bote en que me encontraba tuvo la ocurrencia de recoger uno de aquellos proyectiles y devolverlo á su dueño, que parecia el mas intrépido de la turba, pues era el que mas se nos habia acercado. El guerrero hizo un ademán de aprecio y aprobacion en obsequio de aquel enemigo, único entre sus camaradas que habia tenido el valor de coger un arma y responder á los golpes que se le dirigian. Además de los que se adelantaban para arrojarnos piedras, una caterva de malsines armada de lanzas, hacia prodigios de gimnasia en la playa, donde nos esperaba. Las mujeres, convertidas en verdaderas furias, escitaban á la lucha á los guerreros, entre quienes iban confundidas, golpeando la superficie del agua con largas pértigas y ahullando como energúmenas.

Entre tanto nuestros botes se disponian del modo mas conveniente á barrer la playa, despues de haberse acercado hasta un punto en que apenas flotaban. Cada cual tomó su fusil, escondido hasta aquel momento, y se descubrió un obús cubierto con un capote. A la vista de este objeto, cuyo uso no conocian nuestros enemigos, pero que no obstante, nada bueno les anunciaba, empezaron á retroceder y luego á abandonar el campo, y entonces rompimos el fuego. Al estampido del obús respondió un grito de angustia inesplicable, aunque por una circunstancia fatal no se pudo producir todo el efecto apetecido. Desembarcamos en seguida en número de veinte mientras otros diez hombres guardaban los botes, á

fin de evitar que la corriente los arrastrase ó que encallasen.

No hay para qué decir que nadie se opuso á nuestro desembarco. Incendiamos la poblacion, que estaba completamente desierta. Un palo clavado en el suelo, que hacía su estremidad tenia otro mas pequeño colocado transversalmente, y en el que habia pintadas unas barras encarnadas y negras, llamó nuestra atencion porque representaba una cruz. Dirigímonos hácia allí y visitamos la cabaña cerca de la cual estaba colocada, como habíamos registrado todas las demás antes de incendiarlas; registramos igualmente las inmediaciones de la poblacion, ¡mas, ah! sin hallar la menor huella de ninguno de nuestros compatriotas, á quienes nos hizo recordar con amargura aquella especie de cruz.—Por último, volvimos á los botes cargados con los vestidos de los chinos, que los salvajes habian amontonado en sus graneros sin dignarse servirse de ellos, y llevando tambien algunas de esas bagatelas, preciosas únicamente para los etnólogos y los aficionados á formar colecciones.

Desde la poblacion incendiada nos trasladamos al rio donde el dia anterior habíamos sido atacados; pero no pudimos encontrar ni uno solo de los indigenas, cuyos gritos lejanos oíamos; gritos que esta vez expresaban mas que la amenaza, la queja.

Poco despues, el buque levó anclas y nos encaminamos á Sidney para dejar los naufragos que llevábamos á bordo, incluso el capitán P..., que habia tomado parte en nuestras expediciones de investigacion y venganza.

El resultado obtenido fue ciertamente muy escaso, y el lector juzgará sin duda que las represalias no estuvieron en manera alguna en relacion con los sangrientos horrores que las hicieron necesarias; pero se habia hecho todo lo que era posible hacer con las reducidas fuerzas de la tripulacion de vapor correo, obligadas además á mantenerse en una prudencia impuesta por las muy severas órdenes que les fueron comunicadas antes de partir de la Nueva-Caledonia.

Descripcion de la isla de Rossell y de sus habitantes.

Réstame dar algunos detalles acerca de la isla de Rossell y sus habitantes. El lector aficionado á la geografía no me perdonaria el haberle llevado tan lejos para no poner nada ante sus ojos, y el haber hablado tan estensamente de este triste episodio de un naufragio, sin trazar por lo menos el bosquejo del teatro en que ocurrió.

La isla de Rossell es la mas oriental del archipiélago de la Luisiada, del que forma parte y se halla situado al Sudeste de la Nueva-Guinea, en la

parte de la Oceanía conocida con el nombre de *Melanesia*.

Antes de nuestra expedicion no habia ningun dato acerca de la isla de que se trata, como tampoco relativamente á la mayor parte de las islas del mismo archipiélago. D'Entrecasteaux y Dumont d'Urville determinaron su posicion y sus contornos, pero sin fondear en ella.

Los marinos australianos, que conocen mejor y recorren con mas frecuencia la Oceanía en todas direcciones, no se han atrevido todavía á entablar relaciones comerciales con los feroces habitantes de aquellas islas.

La prioridad que nos pertenece dará tal vez algun interés á la breve descripcion que voy á hacer.

La isla de Rossell es montuosa y de formacion vol-



Ataque de las poblaciones de la isla de Rossell.

cánica; su cumbre mas alta tiene de 900 á 1,000 metros aproximadamente, y su diámetro mayor, que escede en poco á los demás, es de unas 12 millas. Sus montañas se elevan formando pendientes rápidas, y no dejando entre su base y la costa sino una estrecha zona de tierra llana, pantanosa é invadida por los paletuvios.

A juzgar por las numerosas corrientes que desembocan en la orilla, puede decirse que la isla está perfectamente regada.

El rio del *Fondeadero*, donde fuimos atacados, es trecho pero profundo, serpentea por un hermoso valle cubierto de árboles gigantescos. El aspecto general

del pais es magnífico: los bosques se elevan hasta las crestas de las montañas, que solo dejan al descubierto en sus laderas algunas cabañas rodeadas de un musgo verdoso, y sombreadas por árboles frutales. Al pie de las montañas hay diseminadas algunas pequeñas poblaciones, como las dos que hemos visto, en medio de árboles de pan, cañas de azúcar y bananeros.

El alma se contrista y llena de amargura al pensar que aquella espléndida naturaleza elabora sus productos en provecho de seres tan degradados como los que pueblan aquel admirable pais.

La poblacion destruida por nosotros y cuyas habi-

taciones he examinado atentamente, se componía únicamente de seis cabañas, de construcción muy original y muy adecuada al clima. Son unas grandes jaulas hechas con zarzos de mimbres, provistas con una puerta y una ventana de dos hojas, y sostenidas sobre el suelo en unos postes de unos 60 centímetros. Su techo, de dos planos inclinados, sobresale mucho de las paredes, de modo que forma una galería alrededor de la habitación; está formado de hojas de caña de azúcar y de cocotero, y elegantemente sostenido por unos pilares independientes de la pared y colocados en las cuatro esquinas.

Tales habitaciones tienen por término medio 10 pies de longitud, 3 de anchura y otros 3 de altura. Elevadas sobre el suelo, no se puede entrar en ellas sino á favor de una escalera muy tosca, sujeta de un modo permanente delante de la puerta, y que es un pedazo de madera bifurcado, cuya horquilla sirve de peldaño.

Tienen una regular ventilación por la puerta y la ventana que, á decir verdad son muy exiguas, y pueden cerrarse ó abrirse por medio de las hojas de que están provistas.

En el centro hay un hogar rodeado de pedruscos, en el que se mantiene encendido un buen fuego durante toda la noche, á fin de alejar á los mosquitos que pululan en la orilla. La misma disposición y costumbre idéntica se advierten en la Nueva-Caledonia, en las islas Fidjis, y probablemente en otras partes; pero solo hablo de lo que he visto.

En resumen: la construcción de aquellas habitaciones es perfectamente adecuada para procurar á sus horribles propietarios un abrigo contra los ardores del sol que los alumbra, y que haría muy bien en abrasarlos, al paso que los pone al abrigo de la humedad del suelo: ventaja inestimable durante el invierno.

Los naturales de Rossell están muy lejos de desplegar en todo lo demás la misma industria, puesto que si ha de juzgarse por los objetos encontrados en su población, y de que nos apoderamos de improviso, de modo que los fugitivos no tuvieron tiempo para llevarse nada, no poseen mas instrumentos de industria que una pequeña azuela, formada de una piedra de basalto articulada á manera de codo con el mango. La azagaya y la piedra sus armas ofensivas. Ya he hablado de la trompa (concha ó caracol marino) que hacen sonar cuando tratan de reunirse.

Conocidas son sus piraguas, y debo añadir ahora que las manejan con suma destreza.

Fabrican esteras y cestos con fibras vegetales, y sus cuchillos son unas valvas ó conchas de ostra, finamente dentadas en sus bordes.

Presentemos finalmente el retrato de aquellos repugnantes seres. Tienen la piel de un negro mate como el sebo, la nariz aplastada, la boca ancha, los ojos negros é inyectados, los pómulos salientes, el pelo negro, largo y ensortijado, la barba poco poblada y rizada, y la frente un poco inclinada hácia atrás. Su talla y musculatura son muy medianas.

El uso del betel da á sus labios y encías el color del cangrejo cocido; sus dientes son negros y corroidos.

Las mujeres son gruesas, tienen las facciones groseras y pelo igual al de sus maridos; sus pechos son prominentes y piriformes.

Los elegantes se dibujan patillas con cál y se pasan trasversalmente por el tabique de la nariz una espiga de hueso del diámetro de una pluma de ánade. Es la misma espiga que los marineros de Cook vieron con asombro en la nariz de los australianos, y que ellos llamaban cómicamente la *verga del bauptrés*. El traje de los hombres se reduce á cierta bolsa hecha con una hoja de árbol.

Las mujeres usan por todo vestido un cinturón con franjas de fibras de corteza que les llega hasta medio muslo.

Ambos sexos hacen frecuente uso del betel. A cada paso se les ve morder un pedazo de nuez de arec (fruto de la palmera arec) y de hoja de un árbol de pimienta (*piper betel*) y llevar á las encías, por medio de una espátula de madera, la cal que toman de una calabaza (1). He traído á Francia todos estos objetos, tomados, ya en la población rosseliana, ya de manos de nuestro joven chino, que nos llegó con un traje y un aparato de tocador completos.

El clima de Rossell es sumamente cálido.

Si todo el litoral está tan poblado como la parte de la costa que recorrimos, la isla contendrá sin duda muchos millares de habitantes.

(1) Esta mezcla constituye el betel; mezcla que se hace en la boca de los salvajes, y no se prepara de antemano como en la Indo-China y la isla de Java.

V. DE ROCHAS.

LA SEMANA SANTA EN ROMA,

POR M. LUDOVICO CELLER.

1865.

Llegada á Roma.—Alojamiento.—Datos necesarios para las ceremonias.

A M. X...

He llegado hace pocas horas, y ¡qué viaje! Embutido con otros cuatrocientos pasajeros á bordo del paquete; tendido sobre el puente; calado hasta los huesos á consecuencia de una fuerte tormenta acompañada de un aguacero, y mareado de una manera terrible, solo he disfrutado un poco de las delicias de mi viaje desde mi salida de la isla de Elba; sin embargo ¡cuán distante me parecía Civita-Vechia! Pero para algo es buena la desgracia: el número de los viajeros, que había estado á punto de ahogarme durante el camino, hizo casi nulas las formalidades de aduana y pasaporte, y el tren de la tarde me trasladó á Roma.

Seguimos primero la costa, atravesamos luego unas dehesas donde pacían metidos hasta la mitad de su cuerpo en el agua algunos corpulentos bueyes pardos de largas astas, y llegamos á las orillas del Tiber, pequeño río clásico, rico en recuerdos, pero amarillento y súcio (cuando tiene agua); á la izquierda se suceden sin interrupción unas colinas verdes, cubiertas de yerba crasa y espesa y enclavadas unas en otras; á la derecha, altas montañas rojizas ostentan sus series de villas y aldeas blancas, rodeadas de verdor: son Frascati y Albano; descúbrense luego unas antiguas tapias, y los que sacaban la cabeza por las ventanillas de los wagones podían ver por algunos instantes la cúpula de San Pedro; poco después el tren llegó á la estación.

Aquí comencaron de nuevo mis tribulaciones. ¡No había lugar en ninguna parte! ¡Nada en las fondas, nada en las agencias! Empezaba á perder la paciencia cuando se me acercó un hombre en la calle y me propuso conducirme á unos cuartos amueblados; no desdéné la propuesta, y una hora después me hallaba hospedado en la Via-Sixtina, á dos pasos del Pincio y de la plaza de España, en casa de la señora B..., segundo piso, y en un cuarto cuya limpieza me pareció aceptable: faltábame ver si los insectos roedores me concederían descanso.

Te escribiré una carta todas las semanas dándote cuenta de lo que me ocurra y refiriéndote rápidamente lo que vea; pero no esperes recibir detalles relativos á las artes, ni descripciones de galerías,

museos, y ruinas; cuando mas, te enviaré como de paso algunos pormenores relativos al paisaje ó al aparato con que se verificarán las ceremonias á que me propongo asistir: estoy aquí para ver las funciones de Semana Santa, y no pienso ocuparme de otra cosa.

Ya me he informado acerca de las precauciones que es preciso tomar. Necesítanse para las señoras billetes de tribuna, llamados *billetes de embajada*, que se encuentran en casa de los banqueros y que por lo regular faltan en las embajadas al acercarse los días santos; las señoras deben vestir de negro y llevar en la cabeza un velo; los hombres por su parte deben usar frac negro y guantes blancos, esto es, traje de boda ó de entierro; un coche hace muy al caso en estos días de gran concurrencia; y si se quiere (ó si se puede) pagar uno adornado con grandes libreas, se pasea á cualquier hora de arriba abajo por el puente de San-Angelo; sino se hace así, trascurrida una hora antes de las ceremonias, es preciso dar un largo rodeo ó ir á pie. No es de desdeñar la protección de algun funcionario público, de un prelado ó de un guardia noble, pues siempre se consigue por medio de ellos algunas preferencias. Es preciso además comprar un *Diario romano* ó almanaque que cuesta medio real é indica el orden y la hora de las ceremonias.

Hoy he pasado largo rato en el Pincio, desde cuyas azoteas se ve prolongarse las líneas de San Pedro y el Vaticano sobre el panorama romano, y que presentan, con la campiña que les sirve de fondo, una perspectiva sorprendente.

VIERNES ANTES DEL DOMINGO DE RAMOS.

Visita á la basílica de San Pedro.—Devociones del papa.—El San Pedro de bronce.—Topografía del Vaticano.—San Esteban el Redondo.—Sus frescos.

Esta mañana á las diez me dirigí hácia San Pedro, á donde todos los viernes de la Cuaresma va el papa á medio día á entregarse á sus devociones; habíame anticipado á fin de tener tiempo para examinar un poco la basílica y la plaza.

Una dilatada calle casi recta, que cambia tres ó cuatro veces de nombre desde la plaza de España, donde se llama Via-Condotti, hasta el Tiber donde se denomina Via-Tordinona, me condujo rápidamente